

---

## CAPÍTULO 8

### LA ESCUELA COMO ESPACIO PARA LA VIDA PÚBLICA: ENTRE EL CAOS Y LA ESPERANZA

*Marlene Romo Ramos<sup>1</sup>*

Lo que presento en este escrito son algunas viñetas que pretenden convocarnos a reflexionar sobre el presente y el futuro de la escuela tal como la conocemos. Resulta evidente que estamos viviendo en México tiempos de caos y violencia inaudita y por ello, la acción estatal se vuelca a resolver lo urgente y apenas ha hecho unos frágiles remiendos para sostener lo importante.

Entre lo importante –por supuesto– está el proyecto educativo. De sobra se sabe que el viejo modelo que tomó forma en el periodo posrevolucionario no responde ya a lo que la realidad del siglo XXI precisa en materia educativa; reformas van y vienen dejando la vida escolar más o menos igual.

En este texto no pretendo analizar el discurso gubernamental, ni lo que plantean los organismos internacionales, ni organizaciones civiles como “Mexicanos primero” en materia de política educativa;

---

<sup>1</sup> Facultad de Filosofía y Letras (FFyL), Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), *marlene.romo@gmail.com*

es algo más elemental, menos procedimental. Los convoco a pensar: *¿Qué escuela necesitamos en México para estos tiempos?*

Para ello, me apoyaré en los planteamientos que John Dewey hace sobre proceso educativo, la escuela y su relación intrínseca con la vida pública en su obra *Democracia y Educación*.

Decir que la educación es una función social, que asegura la dirección y desarrollo de los seres inmaduros mediante su participación en la vida del grupo a que pertenecen, equivale a decir en efecto que la educación variará con la cualidad de vida que permanezca en el grupo. Particularmente, es verdad que una sociedad que no sólo cambia sino que tiene también el ideal de tal cambio poseerá normas y métodos de educación diferentes de aquella otra que aspire simplemente a la perpetuación de sus propias costumbres. Para hacer aplicables las ideas generales expuestas a nuestra práctica propia es necesario por consiguiente, llegar a un conocimiento más íntimo de la naturaleza de la vida social presente (Dewey, 2004, p. 77).

## **SOBRE EL CAOS Y LAS URGENCIAS**

De la escuela (“tradicional”, oficial, hegemónica) se dice que está en medio de un estancamiento, una crisis: que no responde a la sociedad actual y los retos que ésta enfrenta, que no entrena mentes capaces de dar el salto a la sociedad del siglo XXI –la sociedad del conocimiento–, que su burocracia magisterial ya la colapsó. Las voces más radicales de plano exigen que las cierren todas y las vuelvan a hacer. Que el mundo necesita desesperadamente una nueva escuela o ninguna. Sin observar y analizar el entorno social, cultural y económico que se manifiesta dentro y fuera de las aulas.

Parafraseando a la doctora Ana Salmerón –“si en la ciudad amaneció nevando, ni modo que en la escuela haga calor”–, lo primero que quiero plantear es, si la escuela es el reflejo contundente de nuestro clima social, mirar sólo a ese microespacio no nos ayuda a mejorarlo. Se precisa mirar todo el entorno público para reconocer

aquello que se ha quedado dando vueltas en círculos en los salones de clase: la desigualdad, la imposibilidad de la movilidad social, el fracaso escolar, la reproducción de los prejuicios, de la incomprensión del otro, la pobre aprehensión de los saberes, la reproducción clasista, sexista y de otras formas autoritarias.

Mientras el Estado mexicano vive una etapa de crisis de legitimidad, de impunidad, violencia y de la profundización de la desigualdad, se difunde un discurso que pareciera que viene de un universo paralelo, insiste en calidad educativa, nueva gestión escolar, educación por competencias, y otros conceptos construidos por los organismos internacionales que ligan procesos de políticas públicas a los procesos de desempeño de las macroeconomías que deben seguir los países periféricos como el nuestro. Ordenar la vida escolar pasa por comprender qué sucede en la vida nacional y plantear, una vez más, un proyecto de nación.

Las preguntas que no se escuchan comúnmente en los foros, las consultas y los documentos oficiales son: ¿para qué educar?, ¿por qué el Estado es el sujeto que debe mantener la rectoría de la educación?, ¿qué sujetos queremos formar?, ¿la escuela puede construir un piso mínimo de igualdad?, ¿qué instancias fuera de la escuela pueden colaborar con este proceso?

Como se mencionó al principio, la obra de Dewey, *Democracia y educación*, sin duda aporta claves para buscar algunas respuestas sobre estas cuestiones.

#### **EDUCAR PARA LA INTELIGENCIA COLECTIVA; EN BUSCA DE UN NUEVO SENTIDO COMÚN**

¿Qué implica educar? En los primeros capítulos de esta obra imprescindible, el autor da fundamentos sobre esta acción: educación como transmisión. La posibilidad de renovación, la promesa vital de la consecución de la vida humana. La continuidad de la especie mediante la acción con el medio ambiente y el mundo social.

Renovación es continuidad de las creencias, los ideales las esperanzas, la felicidad, las miserias y las prácticas. Por eso, la educación comunica los procesos de la vida social. Y por ello va más allá de un derecho, es una necesidad. La transmisión de la inteligencia colectiva a ser “auténtica y perfecta para evitar la barbarie”.

Más allá de la calidad, la buena gestión, la promesa incumplida de la movilidad social, debemos recordar que enseñar y aprender permite la existencia continuada de la sociedad (Arendt, 1996). Para ello precisamos tanto saberes enciclopédicos como saberes emancipatorios que produzcan el impulso a las inteligencias de los sujetos. Comprender que la escuela es un medio y no un fin, como señalan las recientes reformas educativas,

En estos momentos de caos, sirve recuperar la idea deweyana de que la vida social toda es educativa. Se participa de lo que otro ha pensado o sentido a través de la experiencia comunicada, misma que es utilizable, se puede reproducir o mejorar.

La educación es una constante reorganización o reconstrucción de la experiencia que puede ser social o personal. Organizar el porqué y el cómo de la educación es entonces, un trabajo constante y precisa de gran claridad sobre lo que se quiere que las sociedades sean, lo que valoran para sí y lo que no.

## EL SENTIDO DEMOCRÁTICO DE LA EDUCACIÓN.

### EDUCACIÓN PARA TODOS EN UNA SOCIEDAD PARA TODOS

Siguiendo a Dewey en esta obra, entiendo y concuerdo que ante todo se educa para que los sujetos puedan **ser y hacer** en la vida pública; ese es el ideal democrático... sobre todo en estos tiempos que los politólogos denominan de consolidación democrática. “Un gobierno que se apoya en el sufragio universal no puede tener éxito si no están educados todos los que eligen y obedecen a sus gobernantes” (2004, p. 81), pero más allá de elecciones, este autor dijo a principios de siglo lo que hoy reivindican las luchas sociales y

la reflexión teórica de avanzada: “Una democracia es más que una forma de gobierno; es primariamente un modo de vivir asociado, de experiencia comunicada conjuntamente” (Dewey, 2004, p. 98). Por lo tanto, la educación es una función cívica y esta función cívica es una tarea del Estado:

La realización de la nueva educación destinada a producir una nueva sociedad depende, después de todo, de las actividades de los Estados existentes. El movimiento a favor de la idea democrática llega a ser inevitablemente un movimiento a favor de las escuelas dirigidas y administradas públicamente (2004, p. 87).

En el análisis que hace Dewey sobre el tránsito histórico del proceso educativo destaca la mirada moderna del mundo donde el concepto *Estado* sustituye a la humanidad: “Formar al ciudadano y no al hombre, llegó a ser el fin de la educación” (2004, p. 87). El ciudadano, según su concepción, va más allá del concepto minimalista de aquel sujeto que pertenece a un Estado nacional.

#### **EDUCACIÓN QUE DEBE APORTAR A LA ESPERANZA; HACIA LA RECONSTRUCCIÓN DE LA VIDA PÚBLICA**

Los clásicos de la teoría educativa produjeron imprescindibles aportes filosóficos sobre la relación educación/emancipación. Sin embargo, a la luz de la realidad se observa cómo la escolarización masiva producto de las sociedades modernas e industrializadas de los siglos XIX y XX construyó modelos educativos eficientes para la reproducción de un mundo capitalista, moderno-positivista, etnocéntrico, patriarcal y occidentalizante, que si bien fueron legitimados por su eficacia para la movilidad social y la producción de capital humano altamente calificado hasta la segunda mitad del siglo pasado, no produjeron el desarrollo masivo de hombres y mujeres autónomos, libres y reflexivos capaces de mejorar las condiciones de la vida política y social. Lo que sí ha sucedido es que esta

construcción civilizatoria ha entrado en crisis y por consecuencia, también su modelo educativo.

Por ello, desde hace varias décadas, la pedagogía, las ciencias sociales, la filosofía y otras disciplinas a través de la revisión de sus clásicos, las propuestas contemporáneas como las de Pablo Freire y los aportes de la teoría crítica, resaltan la necesidad de impulsar modos educativos emancipadores e incluyentes dentro y fuera de las instituciones educativas.

### A MANERA DE CONCLUSIÓN

Ahora bien, se precisa –además de la recuperación reflexiva de la experiencia– el proceso de conocer, apropiarse e interconectar diversos saberes que permitan al sujeto, en un acto de libertad, responsabilizarse de lo que aprende y para qué lo aprende. Boaventura de Sousa Santos (2009) propone un transitar de un conocimiento como regulación hacia un conocimiento como emancipación, que ha de fortalecer formas efectivas de deliberación democrática. El ejercicio de la traducción de los conocimientos y situarlos en realidades específicas para fomentar acciones de resistencia y de crítica también permite valorar los logros históricos de las sociedades, como la posesión de derechos, la idea de igualdad y dignidad humana, los avances científicos y tecnológicos (en sus aspectos positivos) para protegerlos y expandirlos ante el acecho anticivilizatorio de los procesos económicos neoliberales, la mercantilización a ultranza y la fragmentación social.

En la gestión del proceso pedagógico, ¿qué es lo que sí ha funcionado? Cierro estas viñetas afirmando que un Estado que pierde el rumbo democratizador no puede tener una escuela formadora de ciudadanos.

## REFERENCIAS

- Arendt, H. (1996). *Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios sobre la reflexión política*. Barcelona: Península.
- Dewey, J. (2004). *Democracia y educación*. Madrid: Morata.
- De Sousa, B. (2009). *Una epistemología del Sur. La reinención del conocimiento y la emancipación social*. México: Clacso-Siglo XXI.